

20728

HISTORIA 1847

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

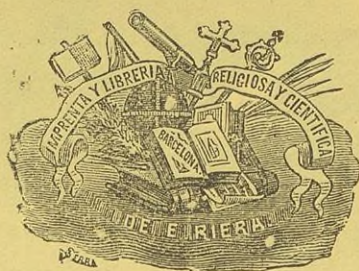
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 90.

L47
1863

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES



DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

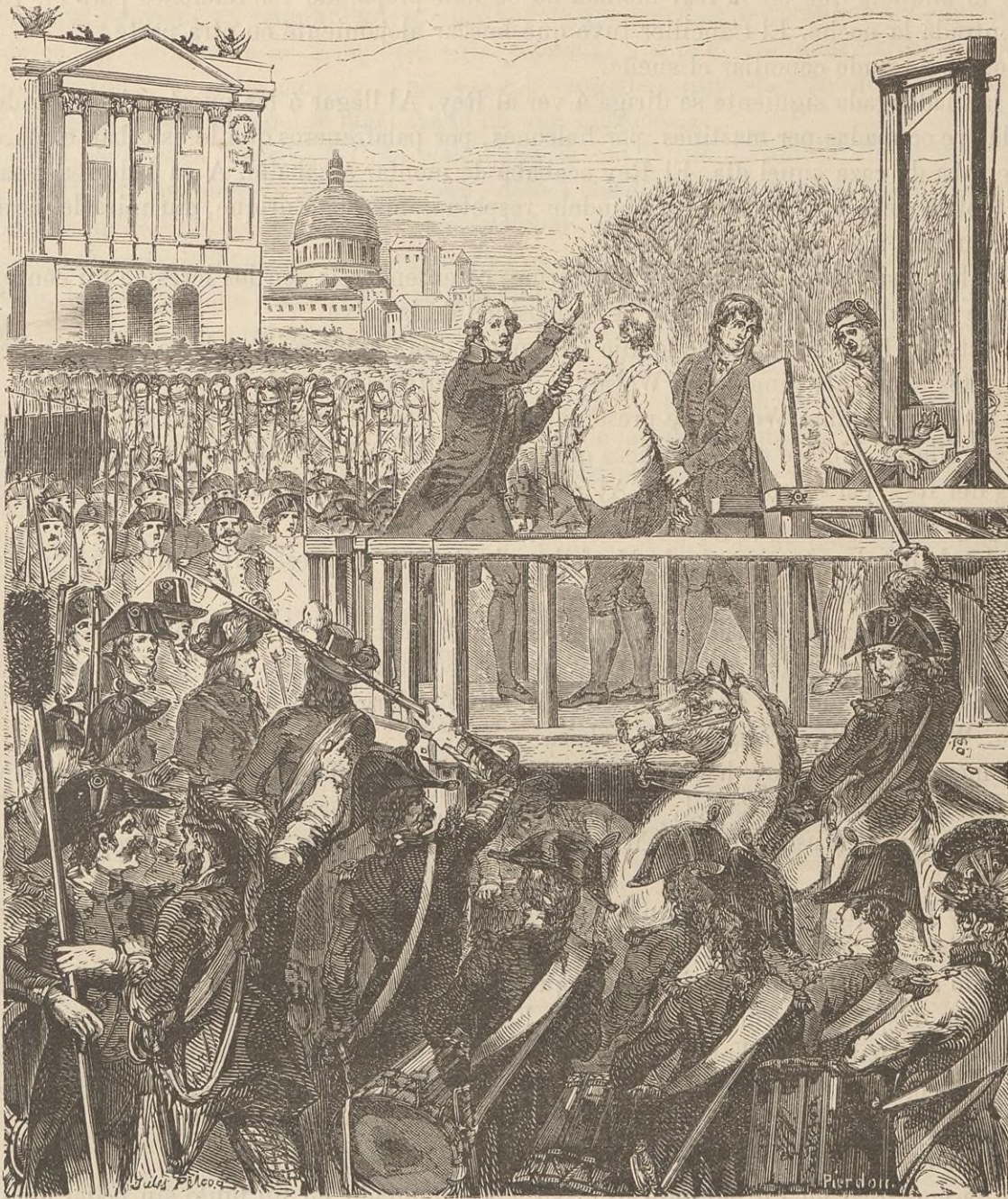
DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

DE LAS INSTRUCCIONES

como para evitar que los cortesanos se apercibieran de lo que iba á pasar entre el Rey y su ministro. No pudo oírse la conversacion; no obstante se advirtió que ésta revestía un carácter muy serio, que mientras el Rey fijaba irritado los ojos en Wolsey, éste bajaba la cabeza poseído del mayor aturdimiento; mientras el Rey hablaba precipitado, Wolsey respondía balbuceando apenas algun monosílabo; mientras el Rey gesticulaba con pasion, Wolsey parecía



EL REY EN EL PATÍBULO.

como aterrado: el uno ofrecía la actitud del juez que posee la prueba plena de un delito, el otro la de un delincuente que reconoce sus faltas.

Los cortesanos, entre los que los había, y muchos, que estaban celosos de la eleccion de Wolsey empiezan á cuchichear; todos comprenden que la estrella de Wolsey toca á su ocaso. La escena toma mayor interes cuando el Rey con actitud enérgica saca un papel que tiene la forma de un despacho diplomático, lo abre ardiendo en cólera y señala con movimientos con-

vulsivos una línea acusadora en presencia de Wolsey, que está pálido como un cadáver. El Rey dice en tono bastante fuerte para que puedan oírlo los circunstantes:

—Lo estáis viendo, milord, ¿esta letra no es vuestra?

El Rey, cambiando bruscamente de actitud, toma la mano del Canciller y le introduce en un gabinete reservado para continuar la conversacion.

Una hora despues Wolsey sale de aquel aposento, y entre la sonrisa de algunos cortesanos se le anuncia que en la real morada no se han preparado habitaciones para él. Era ya muy entrada la noche. El Canciller tuvo que buscar alojamiento en otra parte.

Wolsey no pudo conciliar el sueño.

A la madrugada siguiente se dirige á ver al Rey. Al llegar á las puertas de la residencia regia las ve ocupadas por mastines, por halcones, por palafreneros que le estorban el paso. La corte estaba de caza aquel día. El Rey acababa de montar á caballo. A su lado iba Ana Boleyn. Wolsey se acerca al Rey saludándole respetuosamente. Enrique, sin mirarle siquiera, pega espuelazo á su corcel diciendo:

—Milord, si algo tenéis que comunicarme, os entenderéis con los lores de mi consejo.

Y fué á perderse con Ana entre la frondosidad de la selva.

Al estar el Rey de vuelta se le dijo falsamente que Campeggio acababa de partir llevándose fuertes sumas de dinero que Wolsey le había entregado.

El 30 de setiembre Wolsey se presentaba con su cortejo ordinario para abrir el despacho de la cancillería. Notóse con extrañeza que al pié de la escalera no había ninguno de los servidores del Rey para acompañarle. Al acomodarse el Canciller en su asiento compareció el attorney general Hales entregándole dos bills de acusacion.

El 17 de octubre los duques de Norfolk y de Suffolk se presentan á Wolsey exigiéndole que les entregue los sellos del Estado.

El Canciller les reclama una órden por escrito firmada por el Rey. No la traían. Vuelven al día siguiente con el documento real, y ademas con un mandato de Su Majestad para que entregue todos los adornos que el Canciller durante el largo período de su poder reunió en su palacio. Wolsey inclinó resignado la cabeza.

La morada que Wolsey había enriquecido tan espléndidamente con magníficos tapices, con preciosas pinturas de Rafael, de fra Bartolomeo, de Alberto Durer, de Holbein, de Cina-bué, con magníficas esculturas de Miguel Angel, de Sansovino, pasó á ser propiedad de Enrique.

Wolsey tuvo que presenciar aquel despojo, y hasta llegó á oírse á un agente del Rey que pronunciaba esta palabra: «¡La Torre!»

Sabido es el horror que inspiraba en aquel período la Torre de Lóndres, donde eran tratados con tan despiadada crueldad los reos de Estado.

Al oír esta palabra á Wolsey se le erizaron los cabellos. El Cardenal aterrado exclamó:

—¡La Torre! Sir William; no, esto no es posible; lo que habéis dicho es una blasfemia. ¡La Torre! No puede ser; yo no he hecho nada que merezca la Torre (1).

Wolsey se embarcó aquella misma noche para su país de Esher.

Al desembarcar en Putney prosiguió su viaje montado en un mulo sin poder detenerse á pesar de la lluvia que caía á torrentes.

Se le anunció que el Rey, no contento con los objetos de arte y las alhajas que habían pertenecido al Canciller, iba á incautarse de su palacio de York. Wolsey objetó que York-Housse era una propiedad eclesiástica de la que él no era más que usufructuario. Shelley observóle que toda resistencia disgustaría al soberano, que quería hacer del palacio de York una residencia de recreo. A lo que el Cardenal dijo:

—Sr. Shelley, ved vos, en carácter de representante de la ley, si lo que exigís es legal, y tened en cuenta que lo que no es legal se opone á los principios de moralidad. Por

(1) Turner, *Cavendish*, by Singer.

lo demas recordad al Rey, mi augusto señor, que más allá de esta vida hay un cielo y un infierno.

Pasados algunos días, Ana, acompañada de Enrique, se paseaba por los jardines del palacio de York diciendo al Rey:

—Cuánto me complace, mi querido señor, vernos en estos bellos jardines; ignoraba el Cardenal que los embellecía para mí cabalmente cuando proyectaba mi pérdida.

Mas tarde se le retiraban á Wolsey las rentas del obispado de Winchester, se le privaba de todas sus pensiones y emolumentos, quedándole apénas con que mantener á sus antiguos servidores. Su habitacion de Esher necesita repararse; pero el Cardenal carece de recursos con que reedificar aquellas ruínas. A efecto de la cargada y húmeda atmósfera el pecho se le hincha, hallándose gravemente amenazado de una hidropesía.

«¡Ah! por piedad, escribe á Cromwell, que se me permita cambiar de residencia ó yo muero.» «Hasta los médicos me abandonan, dice á Gardiner, que se me saque de aquí; no hay un momento que perder, de lo contrario Esher será mi sepulcro.»

Se le autorizó para residir en Richmond. Por espacio de tres meses habitó el silencioso convento de los Cartujos. Aquel hombre que se había visto rodeado de la esplendidez de un monarca habitando en suntuosos palacios, vivía allí como un cenobita. Levantábase al rayar el alba, asistía al rezo de la comunidad y á los divinos oficios, comía en el refectorio comun y por la noche se acostaba al toque del *Ave María*. Nunca estuvo tan tranquilo. Con el retiro y la oracion recobró la perdida calma. Veíasele hablando familiarmente con el último de los religiosos á aquel hombre que con los recursos de su prodigioso talento desconcertaba á los más eminentes diplomáticos.

Pero Richmond estaba demasiado cerca de Lóndres. Ana y sus amigos temen que el Rey vaya á visitarle en aquella Tebaida. Se le ordena, pues, que se ponga al frente de su arzobispado, obligándole á residir á 200 millas de la capital de Inglaterra.

Wolsey obedece. Al pasar por Peterborough, el domingo de Ramos, toma parte en la larga procesion que celebran los monjes de la abadía llevando él su palma en la mano y cantando en el coro con los demas religiosos. El Jueves Santo lava los piés á doce niños pobres, á los cuales abraza afectuosamente, entregándoles una limosna.

Pasa el estío en Newarck, residencia episcopal colocada en sitio muy pintoresco. Aquel Wolsey que ponía en movimiento al mundo, entónces no piensa en nada más que en la administracion de su diócesis. Todos los domingos monta á caballo y se dirige á alguna iglesia rural. Los niños corren hacia él para besarle la mano, las jóvenes le ofrecen ramos de flores. Cuando llega al modesto santuario, el Cardenal celebra la misa con algun viejo misal de la parroquia y ante custodias de madera plateada. Despues del Evangelio, su capellan sube al púlpito á anunciar la palabra de Dios, y más tarde Wolsey se sienta á la sombra de algun antiguo roble para administrar justicia, sintiendo tanto placer en conciliar modestas familias, como lo sintió cuando tenía que intervenir en las disensiones de grandes imperios.

Cuando por Newark pasaba algun personaje notable siempre tenía su cubierto en la mesa del Cardenal, quien, dice un historiador, ejercía una especie de fascinacion sobre los que le rodeaban, con su conversacion siempre llena de interes, su mirar simpático y dulce, su carácter expansivo y sus maneras tan aristocráticas como encantadoras.

Al dirigirse á la Sede de su arzobispado pasa por un país donde el ilustre Tomas Becket es tenido en gran veneracion. Sus adversarios hacen circular el rumor de que Wolsey quiere imitar los ejemplos del ilustre mártir y se le presenta como conspirador. Brian, que se halla de embajador cerca de Francisco I, escribe que está informado de que Wolsey se halla en correspondencia con Roma y que se empeña en que Enrique sea excomulgado. Suffolk y Norfolk trabajan activamente en esta conspiracion contra el Cardenal.

El Rey manda que el Cardenal sea preso y conducido á Lóndres: los encargados de cumplir la órden son el conde de Northumberland y sir Walter Walsh.

Llegan á la residencia del obispo miéntras éste se halla en la mesa. Northumberland dispone que no se le interrumpa durante la comida, y el Conde con los demas que le acompañan se queda paseando por debajo de los arcos de la galeria. Wolsey tiene conocimiento de su llegada, aunque ignora el objeto; se levanta de la mesa para correr á saludar á Northumberland, que había sido educado en la casa del Cardenal, le toma por la mano y le introduce en sus habitaciones. El Conde, emocionado, queda sin palabra por algunos minutos. Pero tiene que cumplir con sus deberes de enviado de Enrique, y despues de luchar entre sus afecciones de discípulo y su obligacion como persona oficial pone su mano temblorosa en el brazo de Wolsey, y dice en voz entrecortada por la emocion:

—Milord, quedáis preso como culpable de alta traicion.

El Cardenal queda como anonadado al oír esta frase. No sabe lo que le pasa; diríase por algunos momentos que ha quedado sumido en una especie de estupidez.

Pasada la primera impresion Wolsey se rehace y levantándose, dice al gentil-hombre:

—¿Con qué derecho me prendéis?

—Con el derecho de que me ha revestido mi señor, contesta Northumberland.

—Presentadme la credencial.

—No puedo, milord.

—En este caso no os obedezco.

El Cardenal lo pensó mejor y se dejó prender por los dos enviados del Rey.

Por el camino se le anunció que llegaba Kingston con una escolta de veinte y cuatro hombres.

—¡Maestre Kingston, maestre Kingston! exclamó Wolsey aplastado por tantos infortunios; está bien: cúmplase la voluntad de Dios.

Kingston era el constable de la Torre de Lóndres.

Aquella noche Wolsey la pasó en el insomnio. Al día siguiente sintióse tan débil que no pudo abandonar el lecho.

Dos días despues el preso continuó su camino.

Al llegar á la abadía de Leycester tuvo que detenerse de nuevo. Al entrar allí dijo con voz apagada:

—Hermano abad, vengo á pedir os algunos palmos de tierra para mi cadáver; nada más que algunos palmos de tierra como el último de vuestros monjes.

Se le acomodó en el lecho. Su estado se agravó de una manera alarmante. Sus ojos se cubrieron del velo de la muerte.

—¿Qué hora es? pregunta.

—Las ocho le contestaron.

—No; las ocho no son todavía; á las ocho ya no existirá el cardenal Wolsey.

Hizo llamar á su capellan y recibió los Santos Sacramentos. Luégo pronunciaba esta frase con profundo pesar:

—Si yo hubiese servido á mi Dios con tanta solicitud como serví á mí Rey, Dios no me hubiera abandonado nunca.

Con voz ya casi imperceptible, dijo:

—Adios, maestre Kingston, adios, amigos míos.

Y su crispada mano cayó extendida sobre el lecho.

Su fiel servidor Cavendish tomó aquella mano para besarla. Daban las ocho en el reloj del monasterio. El gran Canciller ya no existía.

La venganza de Ana quedaba satisfecha.

Debajo de las ropas del Cardenal se encontró un cilicio que le cubría el cuerpo.

XXXVI.

Tomas Moro.

Habíase conquistado Tomas Moro la confianza de Enrique en las difíciles comisiones que se le confiaran, especialmente en la que llenó en 1529 en Cambrai, donde fué solemnemente concluído el tratado de paz entre el emperador Cárlos V, Fernando, rey de los Romanos, Francisco I y Enrique VIII.

Desde aquella época la influencia de Moro para con el Rey fué continuamente en aumento. Siempre que se lo permitían sus ocupaciones Moro iba á descansar de sus trabajos en su linda casita de Chelsea, á poca distancia de Lóndres, residencia modesta, donde no había nada de lujo, pero sumamente limpia y rodeada de un elegante y bien cuidado jardin, en que se veía el buen gusto de su dueño.

Enrique de vez en cuando, sin el menor aviso, tenía gusto de sorprender allí á Tomas Moro, y dejando á un lado toda etiqueta, tomaba parte en las diversiones de familia, que eran siempre sencillas é inocentes, sentábase en su mesa y pasaba allí uno ó dos días encantado con la atractiva conversacion de su huésped.

Al destituir á Wolsey, el Rey dispuso un cambio completo en el personal del gobierno. El duque de Norfolk fué nombrado presidente del gabinete; el duque de Suffolk, conde-mariscal; el padre de Ana, conde de Wiltshire; sir William Fliz-Villiam, intendente de la Real casa; Gardiner, secretario de Estado. Este Gardiner, que era el que se había distinguido en primera línea en sus insultos contra Roma, hubiera podido ocupar el puesto más preeminente en el nuevo gobierno. «El verdadero primer ministro, dice el embajador frances, es Ana, que es quien por medio de su padre y de su tío imprime direccion al gabinete, miéntras que con sus encantos ejerce sobre el corazon y el espíritu del Rey el imperio más despótico (1).»

Enrique nombró entónces á Tomas Moro gran Canciller. Moro hubiera preferido la tranquilidad del hogar; pero hay épocas difíciles en la vida de las naciones en que el hombre público se debe ante todo á su patria, y es menester que esté dispuesto á sacrificarla hasta la propia existencia. Ponerle al frente del gobierno en circunstancias como aquellas era exigirle una inmolacion. Tomas Moro acepta un puesto que entónces más que un grande honor era un gran peligro.

Por vez primera un destino de tanta importancia se concedía á un hombre que ni por su cuna, ni por su posicion se presentaba rodeado de la auréola que da un apellido ilustre ó las grandes dignidades que radican en una familia. Los hombres de ciencia, los políticos, las personas honradas sin distincion de clases, aplaudieron una eleccion que, en concepto de todos, honraba al soberano que la otorgaba y al súbdito que la recibía.

Erasmo escribía á Faber:

«Si leyerais las cartas de los hombres más eminentes de Inglaterra y de los Estados vecinos os convenceríais de que todos se felicitan de la elevacion de nuestro amigo al puesto de gran Canciller.»

El gran Canciller era despues del monarca el primer dignatario de la nacion, sus fallos eran inapelables, su tribunal estaba sobre todos los tribunales ingleses; así es que cuando Tomas Moro tomó posesion de su nueva dignidad, uno de los oficiales de la cancillería sostenía con la mano derecha un cetro que remataba en una corona de oro, y otro oficial mostraba el libro de las leyes del reino.

En virtud de lo dispuesto por el Rey, en la instalacion desplegóse una pompa inusi-

(1) Lingard, t. II.

tada. El duque de Norfolk al llegar el nuevo Canciller se adelantó á recibirle y le condujo á la silla que le estaba preparada, pronunciando una arenga en que dijo:

«Su Majestad, al elevar á Tomas Moro á la dignidad suprema de Canciller, ha querido recompensar el saber, la integridad, la prudencia, de que el leal y fiel súbdito tiene dadas tantas pruebas á la corona. Hasta hoy el príncipe ha encontrado pocos hombres de más reconocido tacto, de más prudente firmeza, de fidelidad más desinteresada, de honradez más innegable. Parecerá extraño el que un seglar de nobleza inferior sea llamado á un puesto que hasta hoy no lo venían ocupando sino prelados los más eminentes y señores salidos de las casas más ilustres; pero si no le adornan estas cualidades á sir Tomas, en cambio su saber, la elevacion de su talento y su carácter, constituyen una compensacion suficiente á los ojos del Rey, que ha tenido en cuenta ménos el rango que el mérito, que á la brillantez de una cuna ha preferido las virtudes personales.»

Moro contestó emocionado diciendo entre otras cosas:

«¿Qué soy yo, en efecto? ¿Qué origen es el mío? ¿Por qué Su Majestad acumula sobre mi cabeza tantos y tan brillantes honores? Carezco de títulos para las altas funciones que se me encomiendan; y hay una cosa que me preocupa; son los deberes que ellas me imponen. La nueva dignidad que el Rey ha tenido á bien conferirme, ántes que satisfacerme, me aflige. Más que de un acrecentamiento de honores, se trata de una carga pesada.»

Tomas Moro en aquel discurso inauguróse ya con un gran acto de independencia haciendo grandes elogios de Wolsey, á pesar de que con ello mortificaba á la corte donde reinaba mucho apasionamiento contra el Cardenal.

Moro terminó diciendo:

«Por poco brillantes que sean mis actos tendrán una circunstancia que los realzarán á vuestros ojos; es que serán justos é imparciales. No esperéis de mí grandes acciones; lo que os prometo es no cometer ni una sola que sea desleal ó reprehensible.

En el discurso del nuevo Canciller había esta notable frase como un presentimiento del destino que se le reservaba:

«Héme aquí sobre un mármol en que junto conmigo vienen á sentarse los cuidados y los peligros: la caída de un hombre tan poderoso como Wolsey es una gran leccion para su sucesor; y sin la confianza del príncipe, sin la benevolencia de mis nobles colegas, yo me apresuraria á alejarme de un sitio en que veo la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.»

Tomas Moro, léjos de sentirse desvanecido por el deslumbrante brillo de su posicion, no abandonó sus antiguos hábitos y costumbres. Continuó siendo austero como un cenobita; no dejó de oír misa todas las mañanas, siendo siempre ésta su primera ocupacion. Por regla general la servía él mismo. Una mañana que el duque de Norfolk entró en la iglesia parroquial en la hora del oficio vió al Canciller en el coro delante de un atril cantando el introito. Terminada la misa, Norfolk se acercó á sir Tomas sonriendo, y golpeándole ligeramente en el hombro, le dijo:

—¡Ya he visto á milord Canciller convertido en chantre de una parroquia! Que queréis que os diga: esto no está conforme á vuestro cargo ni á la confianza que os dispensa Su Majestad.

—No comprendo, milord, como el alabar al Dios del Rey y al mío pueda comprometer al soberano.

No faltaba nunca á llevar el palio en las procesiones de la parroquia, y en largas peregrinaciones á algun santuario de la Virgen se le veía andar á pié cantando con los fieles. En una de estas piadosas romerías se le proporcionó un caballo para que lo montase. Sir Tomas contestó:

—JESUCRISTO mi Maestro iba á pié; bien puedo yo hacer otro tanto.

A sus oraciones de mañana y noche añadía los siete salmos penitenciales y la letanía lauretana.

En la iglesia de Chelsea hizo construir una capilla que enriqueció con cálices de oro y adornó con esplendor. A los que le censuraban por sus liberalidades solía decirles:

—Parto del principio de que los buenos dan y los malos quitan.

No tomaba ninguna resolución importante sin recibir primero los Santos Sacramentos.

Era enemigo de toda innovación religiosa, desplegando gran valor contra las enseñanzas heréticas. Nadie como él se distinguió en su país en desenmascarar las falsedades y la hipocresía de los llamados reformadores.

Libre de las horas de despacho, se le veía por la tarde recorrer los arrabales de Londres, y dirigirse á las casas de los pobres vergonzantes ofreciéndoles limosnas y consuelos.

En su casita de Chelsea hacía sentar en su mesa á modestos aldeanos de la vecindad, tratándoles como si fuesen de su familia; en cambio mostrábase reservado con los ricos y los nobles.

No pasó semana sin que hiciese recoger y cuidar á sus expensas algún enfermo pobre. En Chelsea levantó un vasto edificio que destinó á asilo de ancianos, á quienes mantenía el Canciller con su dinero.

No supo odiar á nadie. Las siguientes frases escritas por él nos describen su excelente corazón.

«No odiamos nunca á hombre alguno porque sea bueno ó porque sea malo. Si es bueno, seríamos culpables odiando á un hombre bendecido de Dios; si es malo, perseguir á un hombre que tiene señalado su destino de sufrimiento en la otra vida, fuera proceder como bárbaros. Por más que haya quien pretenda sostener que podemos en seguridad de conciencia desear mal á un malo, á fin de que no pueda perjudicar á los hombres de bien, yo rechazo un error tan manifiesto que revela muy poca fe en la justicia providencial. En cuanto á nosotros, pecadores como somos, intercedamos sin cesar por nuestros hermanos culpables, ya que nuestra conciencia nos dice á todas horas que también nosotros tenemos necesidad de indulgencia y de perdón.»

Todos los días, al levantarse el gran Canciller, iba á postrarse de rodillas ante su padre para besarle la mano y no se levantaba del suelo sin que éste le diese su bendición.

En su casa se continuó rezando todos los días en comun, se dijo constantemente el *Benedicite* y las *Gracias* antes y después de comer, y no se pasó una fiesta sin que asistiesen al Oficio y á Vísperas todos los de la familia.

Enrique VIII dió á Moro los sellos de gran Canciller en la confianza de que éste no se opondría al divorcio.

Poco después de su elevación, el Rey quiso tener una entrevista con él. Nunca Enrique se había presentado tan galante, tan lisonjero. Al fin hizo que recayera la conversación sobre el divorcio. Sir Tomas se negó también esta vez á emitir una opinión, excusándose con que ni tenía el asunto bien estudiado, ni era de su competencia.

Ricardo Fox, Nicolas de Italia, y otros canonistas eminentes se reunieron, por orden del monarca, á fin de emitir su juicio, que se sometió al gran Canciller. Tomas Moro se enteró minuciosamente del proceso. Al ser llamado nuevamente por el Príncipe, el Canciller se arrodilla á los pies del soberano y le recuerda que al tomar posesión de su dignidad había prestado el juramento diciendo:

—¡Al Rey después de Dios!

Sir Tomas se levanta, dice que está dispuesto á sacrificar por Enrique hasta su vida; pero que sobre todo lo demás está su conciencia, cuyos derechos no puede abdicar, y que en virtud de lo que la conciencia le dicta, continuará absteniéndose de emitir su parecer.

Enrique no juzga oportuno manifestar cuánto le irrita semejante respuesta y le responde que nada distaba tanto de su mente como el violentar la conciencia de un leal servidor, mayormente cuando tenía de su parte ministros que favorecían la disolución de su matrimonio.

Desde aquel día Tomas Moro perdió la confianza del Rey. Se hubiera querido que sir To-

mas renunciara inmediatamente su puesto de Canciller; Moro cree, al contrario, que aquella es la hora en que desde su alto destino debe servir á su Dios y á su patria.

Poco despues hablaba con su yerno Roper, diciéndole:

—El porvenir religioso de Inglaterra me espanta: ruego á Dios que no vea yo el día en que tengamos que dejar libres á los herejes el goce de sus iglesias, con tal que nos dejen el uso de las nuestras.

XXXVII.

Cramner.

Gardiner y Fox formaban parte del séquito de Enrique en la cacería en que se decidió la destitucion de Wolsey.

Los dos consejeros fuéron á pernoctar en Waltham-Abbey, en casa del gentil-hombre Cressy, quien les presentó á un personaje que debe figurar en nuestra historia: Tomas Cramner.

Cramner, nacido el 2 de julio de 1489, en Aslacton, condado de Nottingham, pertenecía á una buena familia. Huérfano de padre en edad muy temprana, su madre le envió al colegio de JESUS, en Cambridge, donde se distinguió por su aplicacion y su talento; pero se enamoró de *Jaquelina*, la criada del meson del *Delfin*, conocida con el apodo de *la Negra*, con quien se casó, en virtud de lo cual fué despedido del colegio. *La Negra* murió un año despues, y ya libre de sus lazos matrimoniales, Tomas pudo entrar de nuevo en el colegio de JESUS, cesando desde entónces de frecuentar el *Delfin*.

Confiósele una cátedra en la que se distinguió por su odio contra los frailes, á los que calificaba de ignorantes y perezosos.

Cramner tenía buenas condiciones para la controversia. Acre y mordaz en muchas ocasiones, sabía sin embargo dominarse no diciendo nunca, ni aún en la más acalorada discusion, nada más de lo que quería decir, jamas se impresionaba, conservando siempre una sangre fría admirable. No había, sin embargo, en su argumentacion galanura de estilo, ni brillantez de imágenes.

Consérvase todavía su retrato. Su frente era estrecha, su nariz afilada, sus labios muy salientes, su mirar siniestro, su mano descarnada como la de un cadáver.

Huyendo de la peste salió de Cambridge para encargarse de la educacion de los hijos de Cressy.

Al encontrarle allí Gardiner y Fox fácilmente se comprende que la conversacion había de versar sobre los acontecimientos de que se ocupaba toda Inglaterra, cuales eran la imprevista marcha del cardenal Campeggio, y el haber incurrido Wolsey en el desagrado del Rey, hechos enlazados con el divorcio, que para Cramner no eran indiferentes, puesto que la cuestion del divorcio había sido largamente discutida en la universidad de Cambridge, siendo Cramner el único que había sostenido en ella la necesidad de una separacion inmediata entre Enrique y Catalina.

Departiendo amigablemente en la mesa, Gardiner, dirigiéndose á Cramner, dijo:

—¿Qué medio habría para salir con honra de este maldito proceso? Lo que es yo no veo ninguno.

—¿No véis ninguno? contesta Cramner. Planteemos desde luégo la cuestion. ¿El matrimonio del Rey con Catalina, bajo el punto de vista religioso, es legítimo ó no?

—Pues ahí está justamente lo que el Papa se niega á decidir.

—¡El Papa! repone Cramner sonriendo; al fin el Papa es un hombre como los demas.

—Es el jefe de la Iglesia visible, exclama Fox.

—¿El jefe de la Iglesia visible? Tened en cuenta que la palabra de Dios es inmutable